

La Ganancia de Salvar El Alma

Lo que hace que el alma se pierda es el pecado (Romanos 3:23). El alma se salva cuando la entregamos a Jesucristo. Esto lo hacemos por medio de la obediencia al evangelio de Jesucristo, las buenas nuevas de salvación (1:16). El pecado es ese veneno que mata al alma y el único antídoto es el evangelio que se debe tomar según la prescripción Divina. Si el evangelio no se obedece según las indicaciones de Dios, el pecado permanece, como también el castigo.

“El alma que pecare esa morirá” (Ezequiel 18:20) es el equivalente a *“la paga del pecado es muerte”* (Romanos 6:23). El pecado no se hereda al hijo ni es transferido por el hijo al padre. El texto dice *“El hijo no cargará con la iniquidad de su padre, ni el padre cargará con la iniquidad de su hijo”*. Cada uno es responsable por su propio pecado y, a la vez, por su propia salvación. Dios anima a los pecadores a arrepentirse para que sean perdonados y no mueran. Este mismo sentimiento lo comparte Pedro al decir que nuestro Señor es, *“... paciente hacia vosotros, no deseando que alguno perezca, sino que todos alcancen el arrepentimiento”* (2 Pedro 3:9).

Todos hemos pecado. No hay justo, ni aún uno. Todos hemos infringido su ley, desobedecido sus mandamientos. Hemos vivido en contra de Dios. Permanecer en pecado no conviene, nos espera un severo castigo. Pero, Cristo murió para salvarnos de esto, derramando así su sangre (1 Pedro 1:18,19). Dios ha hecho su parte. ¿Haremos nosotros la nuestra? Nuestra parte es la de obedecerle (Hechos 2:37,38). El peligro más grande que puede haber para nuestras almas es el castigo eterno. A este se la llama, *“infierno”*, *“la muerte segunda”*, *“el lago de fuego”*, etc. Es por esto que el libro de Hebreos exhorta al cristiano a no descuidar una salvación “tan grande”. Es “tan grande” porque nos salva de ser castigados eternamente. El castigo, en palabras del escritor a los Hebreos (10:31) dice, *“¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”*

En esta lectura de Marcos 8:36,37, el Señor también implica que la salvación del alma es mejor que ganar el mundo entero. Pidamos a Dios que perdone nuestros pecados al obedecer su evangelio. Roguemosle para que convierta el peligro del castigo eterno en una esperanza de vida eterna.

- J L Maldonado
02/01/2024

El Plan Divino De Salvación

- **Oír** el Evangelio (buenas nuevas) de Cristo (Romanos 10:14; 10:17)
- **Creer** que Jesucristo es el Hijo de Dios (Marcos 16:16; Juan 8:24)
- **Arrepentirse** de los pecados (Lucas 13:3; Hechos 2:38)
- **Confesar** ante los hombres que Cristo es el Hijo de Dios (Mateo 10:32; Romanos 10:10)
-
- **Ser Bautizado (Sumergido)** en agua para el perdón de pecados (Gálatas 3:27; 1 Pedro 3:21; Hechos 22:16)
- **Perseverar Fieles En Cristo** – Apocalipsis (2:10; 2 Pedro 1:10; 3:18)

No se engañe al seguir otro evangelio

Obedezca el Plan Divino de Salvación

El Alma Según Jesucristo

Marcos 8:36-37; Mateo 16:24-27



De Más Valor Que El Mundo Entero

Introducción:

Si el hombre supiera, esto es, si realmente entendiéramos lo valioso que es nuestra alma, creo que cuidaríamos mejor de ella. Aún si careciéramos de posesiones materiales, poseemos un alma que el Creador nos ha dado y es de tan gran valor que aún el mundo entero no se le compararía. Así lo dijo el Señor, y después, lo demostró dando su vida en cruz con el fin de salvar el alma de cada uno: “*Pues, ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma?*”³⁷ *Pues, ¿qué dará un hombre a cambio de su alma?* Sí, el salvar nuestras almas le costó la vida al Señor Jesús.

¿Qué Es El Alma?

El significado de la palabra “*alma*” (gr. psuque) es más complejo de lo que en la superficie parece ser. El Nuevo Testamento da varios significados a la palabra “*alma*”. Un reconocido diccionario (Vine Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento) define el “*alma*” como: (a) “*la vida natural del cuerpo*” (Mateo 2:20; Lucas 12:22, etc.); (b) “*la parte inmaterial, invisible del hombre*” (Mateo 10:28, Hechos 10:27, etc.); (c) “*el hombre desencarnado*” (Apocalipsis 6:9, etc.); (d) “*el asiento de la personalidad*” (Lucas 9:24-25, etc.); (e) “*el asiento del elemento sensible en el hombre, aquello mediante lo que percibe, refleja, siente, desea*” (Mateo 11:29; Lucas 1:46; 2:35, etc.). (f) “*el asiento de la voluntad y del propósito*” (Mateo 22:37; Hechos 4:32, etc.); (g) “*el asiento de los apetitos*” (Apocalipsis 18:14, etc.); (h) “*personas, individuos*” (Hechos 2:41,43, etc.); (i) “*...pronombres personales*”, etc. (j) “*una criatura animada, humana o no*” (1 Corintios 15:45; Apocalipsis 16:3); (k) “*el hombre interior, el asiento de la nueva vida*” (Lucas 21:19; Mateo 10:39).

En Marcos 8:36,37 el alma es nuestro ser interior que equivale a nuestro espíritu. Es nuestra identidad. Es nuestro ser interior compuesto de conciencia, voluntad, memoria, y emociones, etc. Todo eso es parte del alma y seguirá viviendo aún después de que nuestro cuerpo se haya convertido en polvo. Es la parte del hombre que Dios ha reservado para el Juicio Final (Mateo 10:28). Luego se determinará dónde pasaremos la eternidad.

Lo que aprendemos del Señor Jesús acerca del alma viene a nosotros en forma de dos preguntas: “*Pues, ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma?*”³⁷ *Pues, ¿qué dará un hombre a cambio de su alma?*”

El Inestimable Valor Del Alma

Por implicación aprendemos que el alma del ser humano es de mayor valor que el mundo físico. Pero ¿Qué determina

su valor? Por ejemplo, ¿qué raciocinio se usa para valorar una obra de arte? Para fijar su valor, se considera primeramente ¿Quién es su autor? ¿Cómo se originó? ¿Quién la dibujó o esculpió? También se considera su unicidad o exclusividad. Se considera también su durabilidad, y entre otras cosas, se considera su costo. Esto es, cuál es el mejor precio que alguien desea pagar con tal de adquirir dicha obra de arte. Si aplicamos el mismo criterio al alma, nos debe dar una idea en cuanto a su valor.

El alma procede de Dios. Dios nos hizo a su “*imagen*” y conforme a su “*semejanza*” (Génesis 1:26,27). Hebreos 12:9 dice que Dios es el “*Padre de nuestros espíritus*”. Dios creó los cielos y la tierra, la vida animal y la vida vegetal. Pero, el ser humano es la única parte de la creación que fue hecha a imagen de Dios. Somos únicos, exclusivos, y diferentes. No hay ni habrá otro como usted. Alguien bien dijo, “*Dios no hace copias*”.

El alma es tan perdurable que no dejará de existir. Al morir nuestro cuerpo regresará al polvo de donde fue tomado, pero el espíritu, el alma regresa a Dios quien la dio (Eclesiastés 12:7).

El alma es de tan gran valor que Cristo murió por ella. Todo el proceso de redención es con el fin de salvar al alma del castigo eterno. El para esto vino (Juan 10:10). Para esto murió (10:15). También para esto resucitó y vendrá por segunda vez (1 Tesalonicenses 4:13-18). Ciertamente el alma mía y el alma suya son de gran estima para el Señor.

La Insensatez de Intercambiar el Alma

En Marcos 8:36, el Señor habla de ganancias y pérdidas. El dice que uno puede hacer un mal negocio al intercambiar el alma porque al hacerlo, resultaría en pérdida.

Sabemos que no es posible para una sola persona, pero, supongamos por un momento que sí pudieramos ganar todo el mundo. Tendríamos todo el dinero y todo el poder. Supongamos también que esto nos llenare de satisfacción, de contentamiento, de placer, y de alegría todo el tiempo. Supongamos también que ninguna enfermedad nos afligiera. Luego, cuando menos pensamos, envejecemos y morimos. En seguida nos daremos cuenta de que lo que obtuvimos fue muy pasajero, porque la vida es muy corta. Nos daremos cuenta de que intercambiamos nuestra alma por cosas perecederas que no perduran como la riqueza, posesiones, placeres, y aún el poder. ¡Esto de nada nos aprovechó!

El intercambiar el alma por lo del mundo no fue idea sabia, fue una insensatez porque la dejamos que se perdiera. Con tal de correr tras el mundo, descuidamos las cosas que son realmente de valor. Principalmente, nos olvidamos de Dios y descuidamos de nuestra salvación (Hebreos 2:1-3). ¡Esperemos que la exhortación de Jesucristo no sea en vano!

La Tragedia de Perder El Alma

Cada alma pertenece a Dios. Él nos da el privilegio de vivir. Así dijo el apóstol Pablo, “*en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos.*” Siendo así, algún día daremos cuenta de nuestros hechos, de todo lo vivido y es el alma que estará de por medio. Continúa el apóstol diciendo, “*ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos*” (Hechos 17:28-31). Tal vez nuestra perspectiva cambie o quizás se enfoque más a la realidad si meditamos en que somos *linaje de Dios*. El alma que fue creada para vivir eternamente es un maravilloso regalo de Dios y conviene que cuidemos bien de ella y que la resguardemos de todo peligro.

El Señor Jesús mediante la parábola de un cierto “*hombre rico*” enseña a una multitud de “*millares*” (Lucas 12:1) que la vida del hombre no consiste en la abundancia de bienes sino en cuidar del alma (*Lucas 12:16-21*). Según el mundo, el hombre de esta historia es muy exitoso. Al ver que su propiedad había producido mucho, piensa en engrandecer aún más sus graneros. El habla consigo mismo y dice, “*Alma, muchos bienes guardados para muchos años; repóstate, come, bebe, regocijate*” (Lucas 12:19).

Este hombre se equivocó en gran manera. Sus errores le costaron mucho. Su primer error fue el de pensar que tenía un futuro asegurado, “*para muchos años*”. Su segundo, pensaba en liberar a su alma de responsabilidades y darle libertad. Dice, “*alma ... repóstate, como, bebe, regocijate*”. Su tercer error fue el de excluir a Dios de sus planes. Solo pensaba en sí mismo. El pasaje menciona once o más pronombres personales que este hombre se atribuye en este corto relato. En su egoísmo no consideró a Dios como la fuente de toda dádiva. Tampoco se acordó del prójimo. Al final, el Señor dice, “*Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios*” (12:21). Esto aplica a todos.

El alma y las cosas materiales son nuestras, de nuestra posesión, en el sentido de que somos administradores temporales de los bienes que Dios nos da. Todos los bienes, esto es, “*mi*” alma pertenece a Dios. “*Mis*” posesiones pertenecen a Dios. “*Mis*” bienes y bendiciones son de Dios. Aún “*mi*” tiempo no es realmente “*mío*” sino de Dios.

“*Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios. ¡Gracias a Dios por su don inefable!*” (1 Corintios 9:10-15)!